

COLECCIÓN
ALMANAQUE

ASOCIACIÓN LIBRE

•
ALEXANDRA KOHAN



VERA editorial cartonera

ASOCIACIÓN LIBRE



COLECCIÓN
ALMANAQUE

ASOCIACIÓN LIBRE

•
ALEXANDRA KOHAN



VERA editorial cartonera

SOBRE ESTAS NOTAS

Estas notas fueron seleccionadas de los textos que fui entregando, mensualmente, en el Newsletter que escribí para *EldiarioAr*, entre los años 2021 y 2023. La selección respondió a mis insistentes intentos por desfamiliarizar, extrañar aquello que suele estereotiparse, naturalizarse, coagularse y solidificarse hasta tal punto que más que una piedra en el zapato, se transforma en una piedra en el camino. Familia, matrimonio, infancia, paternidad, maternidad son algunos de esos *pequeños asuntos* de la vida cotidiana que me interesan. Escribí sobre estos asuntos, un poco para enterarme de lo que pienso, para saber que no tengo todo pensado. Espero que eso se advierta.

Estas notas son efecto de la escritura de a cachos, efecto de la distracción y de la dispersión. Y quizás, la lectura tenga que ver con eso. Casi como en ese gesto que señala Roland Barthes, el de levantar la cabeza del texto. Y también pienso en Walter Benjamin y su elogio a la distracción como procedimiento crítico, es decir, de lectura. Dice: «solo se logra resolver determinadas tareas en estado de distracción cuando su solución se ha transformado en un hábito». La distracción como hábito, la distracción como práctica. Pero lejos del mandato de distraerse para no pensar en algo, la distracción, tal y como se plantea acá, sería, en rigor: distraerse *para* poder pensar algo, para poder leerlo. Me gusta la práctica de la dispersión, *anche*,

de la distracción. No es algo que uno haga voluntariamente, claro. Pienso, más bien, en un modo algo «desprolijo» que tengo para leer y para escribir. Creo que es un poco el modo de la atención flotante. No me detengo especialmente en nada pero *algo*, algo usualmente nimio, me lleva a otra cosa y a otra lectura y a pensar en algo que no sabía que me interesaba. Creo que la atención flotante, junto con su otra parte, la asociación libre, son también prácticas de la dispersión e incluso de la distracción. Por eso me gusta este espacio, porque acá anoto una porción de esa práctica. Me gusta la manera en que la escritura me dispersa, me gusta la manera en que la escritura se dispersa, me gusta la manera en que la escritura dispersa esos ruidos insoportables y va permitiéndome ir hacia mi propio silencio que es este, el del texto.

Dejo acá algunas lecturas posibles a partir de cosas, nimiedades que están dando vueltas en el aire y que en apariencia no tienen ninguna importancia. Detenerse y subrayar algo que antes no había advertido. Formular preguntas donde solo hay respuestas. Algo así como un susurro, ese que dejó oír Roland Barthes: «Y en cuanto a la lengua, ¿es que puede susurrar? (...) Y en cuanto a mí, es el estremecimiento del sentido lo que interrogo al escuchar el susurro del lenguaje».

Agradezco especialmente a Analía Gerbaudo y a Santiago Venturini por haberme convocado a publicar en Vera cartonera, en esta lindísima colección.

MATRIMONIO

I. Dos hombres conversan acerca de sus asuntos personales. Uno le transmite al otro su preocupación: su mujer pasa por un mal momento; está angustiada y está agobiada, entre otras tantas cosas, por los asuntos de la casa. Ese agobio se transforma, muchas veces, en reclamos hacia él, su marido. Su amigo sentencia: «A X también le pasa. Eso se llama matrimonio». Más allá del lugar común que implica esa distribución de «roles» que a veces actuamos los hombres y las mujeres, más allá de que sea una realidad que las mujeres nos ocupamos mucho más de lo doméstico, lo cierto es que me detuve en *eso se llama matrimonio*. Lo pensé como un modo de silenciar lo que ahí sucedía. Como si el matrimonio fuera ese nombre por el cual hacer pasar todo lo que pesa de la vida cotidiana —*maritabilmente*, decía un paciente de Lacan superponiendo maritalmente y miserablemente—. Como si el matrimonio, que como toda institución ha cambiado muchísimo a lo largo de la historia, cargara siempre con ese resto de pesadumbre. Y es cierto que a veces creemos que el problema es el matrimonio. Pero creer que es solamente el matrimonio en sí nos evita y nos preserva de pensar y de leer los modos en que lo habitamos, las maneras en las que nos relacionamos con el otro. Incluso nos evita revisar ese yunque que se llama Ideal, ese que también cae sobre las cabezas del matrimonio. El matrimonio también participa de los estereotipos y de los esencialismos, esos en los que nos escondemos cuando

creemos que no hay alternativa. Al revés de lo que dice Tolstoi de las familias, acá sería «todos los matrimonios infelices se parecen».

II. «El tiempo era precioso, pero por desgracia hemos pasado la mañana discutiendo. Solo nos queda dejar pasar el día marcado con el hierro candente de nuestro mal humor. ¿Quién empezó? ¿Quién no ha sabido parar? Ahora ya da igual». Y luego: «Casi me asusta comprobar lo mucho que dependo de Leonard, cómo me he acostumbrado a apoyarme en él». Y también: «Me atrevería a decir que somos la pareja más feliz de Inglaterra». Y esto: «No logré escribir ni una línea de *Las horas* porque Leonard cogió una gripe, y mi día no fue mucho más agradable. Sea como sea hay algo delicioso en cuidar, quizás sea algo puramente femenino, pero disfruto si me necesitan, no me importa renunciar a la escritura y sentarme al lado de mi convaleciente». Más adelante: «Leonard me deja espacio para expandir la mente, es una bendición que yo piense lo que piense pueda contárselo a él. Nuestra vida en común es libre, desprendida, alegre». «Por fin un pequeño instante de paz en medio del caos. Leonard me ha recordado que tenemos gasolina suficiente en el garaje para suicidarnos. Pero quiero vivir». «Pero sí, venceré todo este desánimo. Se trata de dejar que las cosas vayan llegando, y afrontarlas una después de la otra. Ahora, por ejemplo, se trata de preparar bien el bacalao». Tan solo algunos subrayados de la excelente compilación que hizo Gonzalo Torné, para Capital Intelectual, de los diarios de Virginia Woolf: *Escenas de una vida: Matrimonio, amigos y escritura*. La felicidad pero también los celos, la envidia, la depresión, los pequeños odios de la vida cotidiana; el dinero, la escritura, el talento: nada de eso no pasa por la trama del matrimonio de los Woolf, según deja constancia Virginia.

III. «El poema está hecho/ por fragmentos unidos/ bajo una intensa presión/ de un dolor de cabeza./ Buenos matrimonios/ hacen malos poemas». No es una fórmula, sino un hecho, un hecho de dicho. Como lo es la poesía de Fabián Casas. Como lo es

el Sí, *quiero* performático. No hay poesía sino en lo que se escabulle de la pretensión de armonía, de la pretensión de estabilidad, de la pretensión de paridad. Y me acordé de que Lacan dice que el inconsciente no es un conocimiento, sino un saber disarmónico que de ningún modo se presta a un matrimonio feliz.

Por eso pareja no es igual a matrimonio. Aunque haya matrimonios que pretenden subsumirse en la pareja. Por eso Philippe Sollers dice: «Hay una palabra que no me gusta, la palabra “pareja”: nunca he podido soportarla. Evoca toda una literatura que detesto. Julia y yo estamos casados, claro, pero cada uno tiene su personalidad, su nombre, sus actividades, su libertad. El amor es el pleno reconocimiento del otro como otro». La pareja quiere hacer existir la reciprocidad, el «a los dos nos pasa lo mismo», el «A mí me pasa lo mismo que a usted». Acaso algo de eso destaca Lacan cuando dice: «El matrimonio como engaño recíproco». Y por eso, también dice que el amor es dos medios decires que no se recubren, que de eso se trata la «división irremediable», no tiene remedio pero tampoco mediación. Hay personas que hacen del matrimonio el recubrimiento de la división irremediable, acaso para no enterarse de ella. Una sucia mezcolanza: así llama Lacan al intento de recubrir esos dos saberes inconscientes, esos dos que nunca hacen uno.

IV. «El matrimonio no puede tener ningún sentido que no sea *singular*», dice Julia Kristeva. Así como dice Philippe Roth, «la literatura produce efectos diferentes en las diferentes personas, lo mismo que el matrimonio».

V. Un día advertí que tuve todos los estados civiles. ¿Todos? Sí, todos: soltera, casada, separada, viuda, divorciada. Ahora estoy casada. Por tercera vez. Nunca quise casarme, en el sentido de que nunca fue para mí una aspiración. No me reconozco en Susanita. No me recuerdo fantaseando con el casamiento, ni con la vida matrimonial. No me recuerdo con todo eso en forma de proyecto, ni mucho menos como un proyecto separado de alguien en particular. Sucedió,

cada vez, a la manera de un encuentro inesperado. Fueron tres veces muy distintas, singulares. Ninguna de las tres veces me casé de blanco. La última vez me casé de negro, que es el color que más uso, que más me gusta. Quería usar ropa que pudiera usar en cualquier otra ocasión y así fue. Antes quise anillos, esta vez, no. Uso la alianza de mi mamá, porque es una manera de tenerla cerca. No creo que la tercera vez sea la vencida sino, más bien, la vencedora. La jueza que nos casó en 2015 dijo que, una vez que se modificó el código civil, el único motivo para casarse es el amor. Yo siempre me casé por amor. Y una vez que esos amores se terminaron, no me quedé ni por necesidad ni por conveniencia —es que siempre preservé mi independencia económica—. Separarse no es lindo, ni fácil, ni conveniente. Pero quedarme en un matrimonio por conveniencia —porque es más cómodo— me resultó siempre muy costoso. «¿Otra vez te vas a casar?», escuché de varias personas en tono desaprobatorio. Les hubiera contestado lo que escribió Anne Carson en *La belleza del marido*: «Bueno la vida tiene riesgos. El amor es uno. Riesgos terribles». Ya no quiero volver a casarme, me quiero quedar acá con el que una vez me escribió: «si no me hubiera casado con vos, me casaría con vos».

VI. Mis padres se casaron en Colonia, Uruguay, en 1958. La novela familiar cuenta que fue así porque en Argentina no existía el divorcio. No era que alguno de los dos fuera casado, sino que pensaban en su futuro: ¿y si quisieran divorciarse? Acá no podrían. Fue así que se fueron con dos amigos que oficiaron de testigos al país que les permitiría, si así lo quisieran, divorciarse en un futuro. Se casaron con precauciones. Se casaron sabiendo que no sería para siempre. Se casaron con el divorcio en el horizonte. Se casaron sabiendo que había una puerta por donde fugarse si así lo necesitaban. En 1982 se separaron. Nunca se divorciaron. Pasaban algunas fiestas juntos. Nunca dejaron de quererse más o menos solapadamente. Eso también se llama matrimonio.

MATERNIDAD

Ese personaje de límites inciertos que por convención en psicoanálisis llamamos «madre».

GUY LE GAUFÉY

I. Aprendí a manejar de muy chica, quizás sea un rasgo de clase: había autos disponibles en la familia para aprender a manejar. Me enseñaron algunos amigos.

Me gusta la atmósfera que consigo cuando estoy sola en el auto. No es solamente que me gusta mucho manejar, sino que es una especie de estado al que llego, un estado que recién advierto una vez que salí del auto. Es cierto que el auto es una clase de cápsula perfecta: uno no se aísla absolutamente del mundo, pero sí lo suficiente como para estar en un mundo propio, una forma de abstención del mundanal ruido sin que eso implique salirse del todo. Siento que estoy en el mundo —tránsito, luces, ruidos, semáforos, calles, voy muy atenta al manejo— y, a la vez, ahí adentro se arma otro mundo. No es ensimismamiento, es una especie de *distracción* que me permite estar muy concentrada; escuchar ciertas cosas y desoír otras: no ensordecirme con los ruidos infernales de la ciudad y así poder escuchar esos sonidos que importan, esas ocurrencias que advienen, esas asociaciones que se precipitan involuntarias (ahora que

lo escribo pienso que es parecido a la atención flotante: silenciar los ruidos para poder escuchar lo menos estridente, lo menos evidente, eso nimio que asoma perspicaz y tímido y que intenta hacerse un lugar a partir de la escucha del analista). La cuestión es que en esa atmósfera del auto está la radio. Solo escucho radio cuando estoy en el auto. Y la escucho de esa manera no absoluta. Es así que escuché una publicidad —no me acuerdo de qué, supongamos que de colchones— cuyo *slogan* decía «madre hay una sola; colchones también» —pocas ideas más conservadoras que la idea de que madre hay una sola—. Fue así que decidí escribir estas notas sobre la maternidad. Una ocurrencia que solo pudo suscitarse, como toda ocurrencia, en un estado de cierta distracción.

II. En las sesiones del Seminario 5 —mi preferido— dedicadas a la función de la madre, del padre y de eso que llama metáfora paterna, Lacan se detiene bastante en la noción de «otra cosa» para intentar precisar, para intentar situar que el deseo encuentra ahí su fundamento, casi que son sinónimos, el deseo es siempre deseo de Otra cosa —de paso dice que cuando esa *Otra cosa* se institucionaliza, empieza el aburrimiento—. Y tensiona aún más la cuestión, la lleva hacia un límite mejor: dice que esa dimensión esencial de *Otra cosa* no es experimentar, por ejemplo, «el deseo de ir a comerse una salchicha más que de escucharme, sino en todo caso y en lo que sea, el deseo de *otra cosa como tal*». Me gusta mucho la lectura que hace Guy Le Gaufey de ese asunto cuando dice que «Otra cosa como tal» es un oxímoron —justamente por eso es tan potente—. Y además desarma esa ideología familiarista que se pone en juego en ciertas lecturas del Edipo: «el niño va a percibir más o menos súbitamente que esa madre desea *otra cosa* además de él. ¿Qué? Precisamente él no lo sabe» y agrega, «no nos apresuremos a llamar a esta “otra cosa” *padre*». Guy Le Gaufey habla entonces de *distracción materna* para dar cuenta de esa opacidad de la madre que se hace necesaria para permitirle al niño «abordar el misterio particular de esa “otra cosa como tal”». Con lo que se encuentra, entonces, es con el deseo de otra

cosa. No hay deseo sin esa distracción materna. Por eso creo que los niños aprovechan —sabiéndolo sin saberlo— esa distracción de las madres —la madre como función, no el personaje— que se pone tan en evidencia en el auto cuando manejamos y nos arrojan, desde el asiento trasero, preguntas enormes, preguntas que son una patada en el pecho, preguntas que nos dejan sin aire, preguntas que evidentemente no se pueden hacer si el otro no está algo distraído. No recuerdo todas, pero sí varias de esas preguntas que me hizo mi hijo Jeremías cuando era un niño. Recuerdo especialmente dos porque tuve que estacionar para no chocar por la sorpresa que me causaron.

Acaso la maternidad sea un auto siempre a punto de chocar.

III. Los autos y las madres. Los autos y los niños. Los autos y los hombres. Los autos y las mujeres.

Mi papá contaba que un jefe de mi mamá se había enamorado tanto de ella que le había regalado un auto, un auto que mi mamá rechazó. No tengo más información que esa: el relato de mi papá que subrayaba, entiendo, la belleza descomunal de mi mamá y tal vez un poco de su narcisismo, porque él no había sido rechazado como sí lo había sido el jefe de mi mamá, ese que había intentado mostrar su poder a través de ese regalo.

Mi mamá trabajó toda su vida. Incluso cuando no lo necesitaba. Quiero decir: durante muchos años tuvo la posibilidad de que la mantuviera mi papá. Yo entendí, aunque nunca lo había explicitado, que su independencia económica le era tan necesaria como el aire que respiraba. Mi mamá no me enseñó nada, en el sentido del aleccionamiento. Nunca levantó el dedo poniéndose como ejemplo. Era una mujer sutil, discreta, elegante y mesurada, pero no por eso menos vehemente en sus gestos. Tomó decisiones enormes y lo hizo sin ninguna épica. No sobreactuó jamás. Me transmitió en acto casi todo, y por eso tuvo efectos en mí. Entre las tantas cosas que me transmitió en ese tono ahora se me vienen estas: lo fundamental que resulta la independencia económica de la mujer en un matrimonio, lo costoso que resulta mantener un matrimonio por

conveniencia, también supe que lo mejor para un hijo es que los padres, aunque separados, no se tiren basura mutuamente, que usar a un hijo de botín de guerra en una separación es arruinarle una porción de vida a ese hijo, que hablar mal del padre de los hijos, ese padre que se eligió, es también hablar mal de una misma, que una cosa es el hombre del que nos separamos y otra, muy distinta, es el padre de nuestros hijos. Hay más. Hay muchas. A ella también le gustaba mucho manejar.

Cuando en abril de este año mi mamá se estaba muriendo, leí esto de Amy Fusselman, incluido en *Idiófono* (Chai Editora). Y fue en ese instante que recordé, de nuevo, esa anécdota que contaba mi papá:

Hubo una época en que yo era chica y mi madre era enorme.

Hubo una época en que yo era diminuta y mi madre era enorme y horrible y estaba llena de luz.

Hubo una época en que se formaban fiestas en torno a mi madre y se depositaban cajas satinadas a sus pies y las ventanas se abrían y se cerraban para ella y los ratones correteaban a su alrededor.

Hubo una época en que las varas de los trombones se deslizaban en éxtasis caprichoso cuando mi madre caminaba por la calle.

Ahora mi madre es frágil.

Ahora mi madre se está achicando.

Ahora mi madre está en la cama y no puede dormir.

Es tan increíblemente fácil que un mundo se convierta en otro.

IV. El ideal de la realización de la mujer vía la maternidad parece, en algunos casos, seguir vigente aunque —es obvio— no del mismo modo en que lo estaba en décadas anteriores. Como resistencia a ese imperativo que persiste, en los últimos años, se han escrito una cantidad de ficciones y ensayos tendientes a desacralizar la maternidad. Hoy está «permitido» —aunque en algunos casos se hace obligatorio y no deja de ser también una impostura— mostrar el lado oscuro de la maternidad. La pregunta que se me ocurre es si esa mostración

constante del lado oscuro no sería otro modo de su sacralización, otro modo de erigir una especie de épica de la maternidad. Resistirse al imperio y a la naturalización de la maternidad, a la esencialización de la mujer como madre, corre el riesgo, si no revisamos esa forma de la resistencia, de reformular un nuevo estereotipo, una nueva esencialización.

Publicado en Argentina por editorial Gorla, *Maternidad y libertad* (2019), de Francesca Izzo, retoma el debate acerca de cómo recuperar la posibilidad de decirle sí a la maternidad. A partir del movimiento italiano *Se no ora quando Libere!*, Izzo señala muy bien el riesgo de salirse del pensamiento más tradicional y conservador que «resaltó el rol de la maternidad concibiéndolo como un deber» por la posición «liberal y progresista» que lleva a la maternidad al «*status* de un derecho, enfatizando el valor de la libertad individual y la elección». Si ya no es un destino *natural* para las mujeres, la pregunta que se impone es ¿de qué modo pensar la compleja relación entre la maternidad, la feminidad y las elecciones? Porque el asunto es no arriesgarlo todo a que el poder de elección «sea absorbido y normalizado por el ejercicio de la libertad como dominio sobre el cuerpo», tal como nos advierte Izzo. «Mientras que en un tiempo ser mujer y ser madre eran equivalentes, ahora se presentan justamente distintas y separadas, e incluso más: la maternidad hoy tiende a ser entendida como algo de lo que liberarse, y no como algo liberador», sigue Izzo. Me gusta la pregunta que formuló alguna vez Florencia Angilletta: «¿De qué se liberan las mujeres cuando se liberan?». Y también me gusta su forma honesta, lúcida, incómoda y no sin riesgos de abordar un asunto tan difícil como la maternidad. Lo hace habitualmente. Escribió, entre otros, *Todo sobre mi madre*, y el reciente y conmovedor *El día de las que no fueron madres*, en este mismo diario.

V. De la enorme cantidad de poemas en los que se escribe algo sobre la maternidad elijo estos pocos versos: los de Ocean Vuong —a los que llegué gracias a Carmen Güiraldes—, y los de Denise León.

Algún día amaré a Ocean Vuong

Ocean, no tengas miedo.
El final del camino está tan adelante
que ya lo dejamos atrás.
No te preocupes. Tu padre solo es tu padre
hasta que alguno de los dos lo olvide. Así como tu columna
no recordará sus alas
sin importar cuántas veces
se doblen tus rodillas. Ocean,
¿me escuchas?
La parte más hermosa
de tu cuerpo es dondequiera
que caiga la sombra de tu madre.
(el poema sigue)

Lengua Materna

No más mundo
Solo
la amalgama
de piedras.
Hablo con palabras
que me remolcan
que ella remolca:
ya no vivo allí.
¿Quién decide?
En pleno cielo,
más que
una presencia,
ella es un ritmo
que me invade
todavía.
Y me dejo convencer
por el rumor
de su pensamiento esquivo.

VI. Cuando era niña, cada vez que entraba al cuarto de mis padres, leía o hacía que me leyeran un cartel que había escrito mi hermano mayor (muy mayor: me lleva once años): «Madre hay una sola. Padres, a patadas». Poco importa si la frase era de su autoría o del acervo de la cultura popular, lo cierto es que, para mí, siempre funcionó como un dicho de mi hermano. El cartel estaba pegado sobre una puerta que definía, claramente, el territorio de mi madre. Funcionaba como una inscripción en el potente frontispicio materno. Leí (¿leí?) cientos de veces ese cartel que me atraía especialmente. No podía dejar de leerlo. Lo leía sin comprenderlo, claro. Diría más: el hecho de no comprenderlo hacía que no pudiera dejar de leerlo. Quizás el signo de la lectura fuera la misma incompreensión. La frase era, además, comentada entre risas por los adultos (todos los otros), esas risas que festejan una ocurrencia infantil o, quizás, las risas nerviosas frente a una verdad dicha a medias; risas como testimonio de que allí se trataba de algo serio. Risas a las que yo, aun sin entender, me sumaba como modo de incluirme en la escena familiar. Esos padres, ese plural, ese «a patadas», eran la cifra de la verdad de la novela familiar de mi hermano, autor, para mí, de la frase. De mi hermano y de su madre que asentía y consentía, que sancionaba como verdadera esa frase mostrando orgullosa la creación de su primogénito varón, mostrándosela, sobre todo, a mi padre. No puedo dejar de pensar que esa risa, la mía —un poco angustiada—, aquella que por ser forzada no era compartida, me permitió quedar un poco afuera de la parroquia y de la parodia familiar. Casi como en una escena que relata Elias Canetti en *La lengua absuelta*: una noche, de niño, estaban todos, la familia y mucha otra gente, esperando que un cometa cayera sobre la tierra: «era una creencia generalizada en la ciudad» [un mito, una doxa] que llegó a contagiar a sus padres, que eran muy cultos. Del recuerdo de esa noche dice: «la espera se prolongó bastante (...) y todos permanecían apretados, unos junto a otros. No veo entre ellos ni a mi padre ni a mi madre, no veo por separado a ninguno de los que regían mi vida. Solo veo a todos juntos, y si después no hubiera utilizado con tanta frecuencia

el término, diría que los veo como masa: una masa paralizada por la expectación». Aquella risa que resultó, *après coup*, la mía, es la que pudo disolver la masa paralizada y paralizante de la expectación familiar; fue la que me permitió ser afectada de otro modo por esa novela familiar y haber hecho, de esa madre y de ese padre, otra madre y otro padre para mí. ¿Cómo puedo saberlo? Porque cada vez que en la actualidad quiero decir *madre hay una sola. Padres a patadas*, me equivoco, la invierto y comienzo diciendo «padre hay uno solo». Ahí irrumpe la risa, cada vez, como muestra de una identificación familiar disuelta.

PATERNIDAD

La comprensión incompleta de las vidas de nuestros padres no es algo que les afecte a ellos. Nos afecta solo a nosotros.

RICHARD FORD

I. Una de las cosas que más me gustan del psicoanalista Guy Le Gaufey es que está metido en eso de lo que se ocupa. A la vez que está pensando cuestiones arduas, complejas, y por momentos tediosas, echa mano a algo de su propia historia. No lo hace a modo de ejemplo sino, creo yo, como un efecto de lectura. Como si estuviera leyendo esas escenas que recuerda desde sus intereses actuales, como si fuera a buscar el germen —no el origen— de *algo* de lo que se ocupó siempre, como si a partir de ahí pudiera decir *eso ya estaba ahí*.

Ahora leo un libro suyo acerca del padre en Freud y en Lacan que comienza con una experiencia infantil con su padre. Dice: «Alguna vez tuve dificultades con las unidades de medidas». Y luego cuenta una situación embarazosa que vivió de niño al decir, en una clase, que había visto un metro cuadrado. A partir de esa escena sigue la pista de sus intereses posteriores y ubica una pregunta: «¿qué hay de real en todo esto?» —dice que el libro surge también de esa

preocupación—. Y luego dice lo siguiente: «nada podía hacer callar esa interrogación puntual, es cierto, pero perfectamente iterativa como cuando inspeccionamos sin cesar con la punta de la lengua ese diente que sabemos que nos hace doler». La pregunta por el padre ¿no es también esa iteración que no se detiene? ¿Preguntar por el padre no es también hacer doler un diente? ¿Y no es también como echar sal en una llaguita: arde un poco pero evita que la herida se expanda? —solo que a veces la sal no está del todo disuelta en el agua.

II. «Decididamente algo no funcionaba muy bien cuando uno trataba de saber lo que fuera». La frase de Guy Le Gaufey, derivada de sus reflexiones acerca de la física, las superficies y las medidas que nunca son exactas —para luego ocuparse del padre—, funciona como lectura de *La otra hija*, de Santiago La Rosa —editada por Sigilo—. Porque se trata de eso mismo: la súbita pregunta de un hijo acerca de quién es *realmente* su padre. Es una pregunta que se desencadena en el protagonista cuando nace su hija. Y es que ese pasaje de hijo a padre —un pasaje que no es de una vez y para siempre, que no es limpio, que no es sin restos, que nunca es un pasaje definitivo porque nadie deja de ser hijo— hace de su padre, *otro*. Hace de su padre un enigma. ¿Acaso no lo era antes? Lo cierto es que ese padre convertido en enigma, encarnando una opacidad imposible de atravesar, da inicio a una pesquisa por parte de su hijo. Pesquisa que intenta precisar ciertas coordenadas paternas, que intenta dar respuesta a preguntas que nunca antes se habían formulado; pesquisa que tiende —paradójicamente— a hacer de su padre un personaje cada vez más desconocido. La novela despliega esa búsqueda. Cuando terminé de leerla pensé que un padre es siempre una versión. La versión de un agujero.

III. ¿Acaso el Edipo no es eso: la versión que la neurosis nos brinda de lo que es un padre? No es solo eso, pero también es eso: relatos, novelas, ficciones alrededor de ese enigma llamado padre. El psicoanálisis —en el mejor de los casos— no se confunde con la

neurosis. Una cosa es el padre para la neurosis, otra es el padre para el psicoanálisis. Jorge Jinkis dice que «el mito individual está más cerca de los delirios con los que la neurosis llena el hueco de una pregunta verdadera». También dice: «inevitablemente fuera de lugar (...) la célebre incertidumbre sobre la paternidad (...). Es por eso que le pedimos ayuda a los poetas. No porque sabrían más o menos sobre este misterio atormentador que también abraza al discurso del psicoanálisis. No es que el poeta conozca el nombre de las cosas, pero la lengua lo elige para entregarlo a esa oscura incapacidad de nombrar que aqueja a la palabra y que hace de la metáfora la ley de esa inadecuación radical que asola a *Padre*».

El padre acaso sea una piedra en el camino (Edipo mató a un hombre que se le interpuso en el camino). No hace falta matar al padre, tampoco eternizarlo. Con reducir la piedra del camino y ponerla en el zapato, se puede andar.

IV. En 1985 el Congreso Nacional sancionó la Ley de Patria Potestad compartida. La Ley 23.264 reconoce los derechos de las mujeres respecto de sus hijos. Luego, con la aprobación del nuevo Código Civil en 2014, la patria potestad pasó a llamarse responsabilidad parental. Sigue habiendo padres que se borran, sí. Y también sigue habiendo madres que no quieren compartir a sus hijos con el padre, que los quieren mantener en un régimen de visitas. Para muchas mujeres patriarcado y padre son equivalentes. Y queriendo hacer caer uno, arrasan con el otro.

V. La dedicatoria de la película es «a mi papá» y parece ser la única. Luego de un pequeño espacio se agrega «y a mi mamá». En ese espacio, en esa suspensión entre uno y otro, en ese lapso en el que parecía que todo era para el padre, Ana García Blaya hace de su film *Las buenas intenciones* un lugar que termina diluyendo esa pequeña jerarquía insinuada en la dedicatoria. Como si la pregunta incómoda y fuera de lugar: «¿a quién querés más: a papá o a mamá?», pronunciada sin pudor y sin temblor por algunos adultos, fuera

expuesta en su más estúpida existencia. Esa es acaso la enunciación de la película: no hay culpables, no hay señalamientos de un padre irresponsable frente a una madre responsable, no hay jerarquías, no hay acusaciones, no hay abogados, no hay superioridades morales. Hay dos que se han querido y que no hacen de eso que no funcionó —¿no funcionó?— un clima agobiante para los hijos. Hay dos, un hombre y una mujer, que deciden no arrasar con la historia que los hizo padres de Amanda, Lala y Manuel; que deciden preservarlos, que deciden preservar su infancia. Y es ahí, en esa infancia, en esa infancia escrita hoy, que se pueden leer las buenas intenciones. Con buenas intenciones no alcanza, es cierto, pero tampoco alcanzaría *sin* esas buenas intenciones: que son las del padre y que son también las de la madre. Porque Cecilia, la madre, no señala a Gustavo, el padre, como el culpable ni se queja de que no esté a la altura del «padre ideal». Cecilia entiende que un padre no es solamente un hombre proveedor. A veces me pregunto por qué algunas mujeres no logran separarse sin entrar en una guerra con el padre de sus hijos. Como si no pudieran distinguir a ese padre de sus hijos del hombre del que se quieren separar. No me refiero a los juicios cuando son justos porque el padre se borra, me refiero al gesto de querer borrar al padre que quiere estar presente. Me refiero a la manera en que todavía insiste la idea de que los hijos son propiedad de la madre. Suele apenarme leer en el ámbito público el modo en que algunas mujeres denigran a los padres de sus hijos. A veces me pregunto si esa guerra no es la que muestra que todavía no han podido separarse. Si el odio que le dirigen al padre de sus hijos no es la cifra de lo que las mantiene atadas a ellos. Si no es una insistencia en erigir —paradójicamente— un padre caído, inservible y que nunca está a la altura de sus expectativas. Si no es un modo de aferrarse, una y otra vez, a ser una madre también para ellos. La épica materna arrasa, muchas veces, con la posibilidad de que los hijos tengan también un padre. El que sea. ¿Darle lugar a un padre? Sí. Pero dándoles lugar a los hijos para que se inventen los padres que quieran.

VI. Nunca es inocuo para los hijos ser un botín de la guerra de los padres. Nunca.

VII. Las madres seguimos teniendo buena prensa, los padres siguen teniendo mala prensa. No importa lo que hagamos, no importa lo que hagan. Nada más conservador ni más machista que sacralizar a las madres y estigmatizar a los padres.

VIII. ¿Qué se hace con la decadencia de un padre, además de odiarlo? ¿Cómo se lidia con su desintegración para que no sea insoportable? Daniel Guebel escribió la sobrecogedora novela *El hijo judío* —PRH—. Dijo acerca de la novela: «Contar no es saber sino preguntarse y darse respuestas y aceptar su provisoriedad». Y también: «Había decidido publicarlo antes de que mi padre muriera, no quería contar la escena final, la de su muerte, que venía a paso lento, prefigurada. Pero pocos meses después él murió y yo volví sobre el escrito y puse lo que faltaba. Y esa es la versión, siempre incompleta, pero última, la indefinible definitiva que mis bellas amigas, Silvia Bardelás y Beatriz González, acaban de publicar en su sello De Conatus».

IX. «En esos reajustes que el duelo produce sin que lo sepamos», escribe Guy Le Gaufey. Y pienso en *Mi libro enterrado* —Mansalva—, de Mauro Libertella, acerca de la enfermedad y la muerte de su padre —que también escribía—: «Su autobiografía fue el único libro que me dio una vez terminado para que lo lea antes de su publicación. Lo encaré con entusiasmo y vértigo, pero hubo muchos detalles que se me pasaron en esa primera lectura. Era un libro que podría entender si él ya no estaba».

X. Mi papá siempre se olvidaba de los cumpleaños. El mío no era una excepción —¿por qué lo sería?—. Luego de varios años de pretender que de mi cumpleaños sí se acordara, luego de enojarme algún tiempo por eso, supe que ese signo de amor que yo esperaba de él y que él no me daba, no podía hacerse absoluto. Dejar mi capricho de lado,

dejar de pedirle eso que él no tenía, dejar de pedirle ser la excepción, dejar de pedirle que fuera el padre que yo imaginaba, me permitió experimentar por fin todo su amor, el que sí tenía, el que sí había. Cumplí años el 29 de enero. Cada 28 lo llamaba para recordárselo y así, el 29, recibía el tan *esperado* llamado. Nos reíamos del artificio, mientras nos disponíamos al juego.

Y es que el análisis también hace de los padres, padres posibles.

XI. No sé qué es un padre. El psicoanálisis ensaya algunas respuestas. Pero no sé para qué sirven, supongo que para detener la pregunta por un rato. En la experiencia de cada uno de nosotros, un padre es lo que hacemos con él, un padre se va escribiendo entre las adjetivaciones esperables: ausente, presente, amable, terrible, caído, potente, soberbio, abandonado, irresponsable, blando, autoritario, fallado, irremplazable. Un padre nunca está a la altura de su función, por suerte. Un padre que no se sabe y, aún así, se narra. Porque un padre, parafraseando a Richard Ford, es una otredad que siempre se escapa.

INFANCIA

El pequeño verso está deformado;
sin embargo, en él cabe todo el mundo
desfigurado de la infancia.

WALTER BENJAMIN

I. Me gustan muchísimo los epígrafes.

Tengo una especie de fascinación que hace que me detenga en ellos cada vez que me encuentro con alguno. Me detengo y, muchas veces, me cuesta seguir leyendo. El epígrafe me lleva hacia su propia línea de sentido. Se separa del texto y arma otro. Me pasa también cuando escribo: a veces no puedo empezar hasta encontrar el epígrafe. Finalmente creo que es una especie de hallazgo, sea del otro o sea propio —como si «lo propio» no estuviera hecho de lo del otro—, produce en mí algo sin lo cual me cuesta seguir pensando. Hay algunos de los que nunca me olvido, es el caso del epígrafe con el que empieza una película hermosa a la que vuelvo cada vez que puedo: *La guardería*, de Virginia Croatto. Me acuerdo cuando la vi en el estreno, en el cine Gaumont. Me quedé prendada de esos versos que se iban escribiendo sobre el fondo negro y silencioso, uno por uno se iban escribiendo hasta completar una porción del poema de Osvaldo Lamborghini:

Porque todavía
todavía mi Infancia
viene a buscarme
con un galope en las piernas
y en sus labios
una sonrisa salvaje.

Me acuerdo de las ganas que me dieron de escribir acerca de la película. No quería que se me fuera de las manos, no quería que se perdiera, como muchas veces no queremos perder la infancia. Y entonces escribí: *La guardería* es un hermoso documental en el que puede verse de qué forma, desde el presente, se elige una familia política a través de la evocación de una infancia. La película parece ser un intento de recuperar ciertos recuerdos olvidados. Porque cada uno de los niños que allí estuvieron da su testimonio. Es el testimonio de los niños, y no el de los adultos que ahora son, lo que Virginia Croatto logra poner en escena. Los que hablan parecen estar recuperando, ahí mismo, los recuerdos de su vivencia infantil. Los están recuperando mientras hablan, mientras piensan, mientras dudan. La infancia de esos adultos que hoy están dando testimonio vuelve ahí, en la pantalla. Ese es quizás uno de los logros más interesantes de la película: que esas infancias acontecen en el instante en que se habla frente a la cámara, y el espectador se convierte en un testigo de ese acontecimiento. Son infancias que acontecen desde las lagunas del olvido. Son infancias fragmentarias y fragmentadas. Son recuerdos chiquitos, sutiles, efímeros, un poco epifánicos. No son infancias que se muestran elaboradas, pensadas o idealizadas. No es eso. Son infancias que vuelven porque Virginia Croatto está ahí para atajarlas. Acaso porque, entre esas infancias que se recuperan y a la vez se escurren, está la suya propia.

II. Hablando de hallazgos, me parece un hallazgo el título que José Luis Juresa le puso a la serie de ensayos que publicó en Revista Polvo: *La infancia que insiste*. Son cinco ensayos para leer y releer;

para imprimir y subrayar. Cinco ensayos en los que el autor ejecuta variaciones de lo mismo y que podrían ser modos de responder a la pregunta: ¿de qué está hecho el psicoanálisis? La infancia que insiste insiste en el cuerpo, en la memoria, en el tiempo, en la pulsión. Y es que la infancia, para el psicoanálisis, no es una etapa en la vida; no es un momento que haya que «superar». El psicoanálisis, al menos el que más disfruto, es aquel que no hace recaer sobre nadie el moralismo del «ser adultos». La seriedad, la solemnidad, el «comportarse como adultos» son los modos con los que la educación nos va conminando a comportarnos. La educación, como dice Freud, es la que va obturando las vías por las que el placer pasa. La infancia vuelve, insiste porque acaso sea eso que siempre se está perdiendo. Infancia que vuelve también en la nostalgia, esa de la que habla Benjamin: «La nostalgia que despierta en mí demuestra cuán estrechamente ligado estaba a mi infancia. Lo que busco realmente es ella misma, toda la infancia». *Me acuerdo* (Godot), de Martín Kohan, sella una infancia, la preserva en esa lista de recuerdos y resulta un intento de atesorarla perdiéndola. «Hacer una colección de recuerdos, pero no ponerse a recordar. Sin esa contención, la única alternativa sería la de largarse a evocar y a contar mi infancia. No haría eso ni loco (...). Todo está hecho de olvido», dijo el autor. Y entonces me acordé de lo que Harald Weinrich ubica en Proust: «una poética del recuerdo surgida de las profundidades del olvido». Y entonces también pienso, en esa misma línea, en *Una parte de la felicidad* (Vinilo editora), de Dolores Gil, y en ese epígrafe impresionante de Louise Glück con el que empieza: «We look at the world once/ in childhood. The rest is memory». El libro de Dolores Gil es ante todo sobrecogedor. Es hermoso en su dolor y es filoso en su escritura. Es amable y amargo, conmueve y alegra, duele y cobija. Y es acaso el intento de escribir un olvido, de hacerlo posible. Narra una infancia, narra una niña, narra a una niña. Esa niña, esas niñas. Dice: «ser niña es apretar los dientes y seguir». Y entonces Dolores Gil siguió y escribió esta bella y sutil pieza. Escrita con el cuerpo, el de la niña que también es en el texto, *Parte de la felicidad* es el testimonio de la transformación de

ese filo, que fue trágico, en el filo de la lengua, es decir, en literatura. Se parte de la felicidad, se parte la felicidad, una familia partida, una infancia que parte, una parte de la infancia que es también una infancia que insiste.

III. Un prejuicio habitual es que el psicoanálisis lleva mucho tiempo, es largo, y hay que «remover el pasado» o «hablar de la infancia». El prejuicio justamente está en las nociones de tiempo, de pasado y de infancia. Cuando alguien está en análisis diluye la contabilidad: no lleva cuentas de cuánto le está tomando vivir un poco menos tortuosamente ni pretende que el pasado es lo que está o lo que hay que dejar «atrás». Respecto a la infancia, basta leer un poco a Benjamin, a Perec, a Freud y tantos otros; la poesía de Osvaldo Bossi y tanta otra poesía, para dejar de rechazar la infancia. La infancia no deja de ser nuestro reservorio libidinal. También noto un rechazo a la infancia en un imperativo a la productividad que va erigiendo sujetos sobreadaptados. A veces los padres también les piden a los niños que se comporten como adultos. Hay un gesto arrasador de la infancia que da un poco de impresión. Se pretende madurez, adultez, sujetos burocratizados. Me gusta cuando Lacan, hablando del aburrimiento, dice que empieza cuando *la cosa* empieza a profesionalizarse, a institucionalizarse. Walter Benjamin, en *El narrador*, dice: «el aburrimiento es el pájaro de sueño que incuba el huevo de la experiencia». Pero el dispositivo presente en Benjamin o en Baudelaire, aquel que suscita un movimiento desde el aburrimiento a la invención, aparece hoy trastocado, invertido: se intenta inventar cualquier cosa con tal de no caer en el aburrimiento: el imperativo reza «prohibido aburrirse». El aburrimiento de hoy conlleva detención e inhibición bajo la máscara de una actividad permanente. Existe un empuje a la acción, al hacer, como modo de salirse de la inminencia de lo aburrido. El aburrimiento irrumpe hoy cada vez más generalizado, insiste a pesar de que se recurre a artificios cada vez más extravagantes. Es que el aburrimiento irrumpe ahí donde ya no hay aptitud para el asombro, para la sorpresa, para el anonadamiento. Si los niños,

dice Lacan, no conocen el aburrimiento es porque todo los asombra. Pero hoy en día también se aburren los niños, quizás porque se los atiborra de objetos y de hiperactividad y, aun así, terminan siendo, muchas veces, un tedio para los padres.

IV. Guy Le Gaufey subraya lo siguiente: «A pesar de que no acostumbramos considerar la mentira como una cualidad tan central en el ser humano (sino más bien como un defecto que puede a veces conducir a lo peor), tenemos también que recordar el hecho de que un niño que no pudiera mentir de alguna manera estaría muy limitado en su capacidad subjetiva, y casi en peligro de un exceso de sujeción. La capacidad de mentir, vista bajo este ángulo, casi se confunde con el espacio de libertad del sujeto, no porque tenga que mentir todo el tiempo, sino porque puede hacerlo, es decir, tiene en cualquier momento la *capacidad* de hacerlo. Porque la verdad no existe sino como un elemento de una pareja en la cual la mentira es el otro. Sin la capacidad de mentir, de disfrazar la verdad, no hay posibilidad de elegirla como tal, en una decisión que implica a un sujeto que hubiera podido actuar de otra manera. Mantener esta dimensión de pura posibilidad entre mentira y verdad parece esencial para la ubicación de un sujeto como sujeto hablante, ligado a otros sujetos a quienes se dirige para decir o disfrazar la verdad».

V. Me gusta mucho cuando Freud dice: «todo niño que juega se comporta como un poeta, pues se crea un mundo propio o, mejor dicho, inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada (...). Lo opuesto al juego no es la seriedad, sino... la realidad efectiva». El juego acaso sea entonces ese modo de lidiar con el mundo, incluso el mundo familiar, el mundo de esos «adultos», el mundo adulto. Ese otro mundo, el de los adultos, que muchas veces se nos viene encima y resulta aplastante, agobiante, asfixiante. Incluso cuando ya no somos niños. El juego como lo otro de la realidad ineluctable.

Dice Anne Dufourmantelle en *Defensa del secreto* (la traducción es torpe, es mía): «Un niño juega a las escondidas. Está escondido

detrás de una puerta. Del otro lado, dos adultos hablan. Dicen algo agobiante de su historia. La revelación es lanzada como una banalidad, entre otras cosas. El niño se paraliza. Ha entendido. No va a volver a ser el mismo que era antes. El tiempo es irreversible, el conocimiento, también. Una voz cerca de él grita: “te vi”. Sale de su escondite. Ha cambiado para siempre. Y el otro, el que lo buscaba, no lo sabe. Tampoco los adultos del otro lado de la puerta que están callados. Él no juega más».

VI. Ningún niño elige la familia en la que nace ni la infancia que vive. No, al menos, mientras es niño. Porque lo cierto es que, más tarde, es posible elegir esa infancia, querer esa infancia, elegir esa familia, querer esa familia. O bien es posible querer deshacerse de todo ello. O querer algunas cosas y deshacerse de otras. En todo caso, algo se hace, cada vez, con ese niño que fuimos, con esa familia que no elegimos, con esa infancia que vivimos. Georges Perec lo dice así: «Mi infancia forma parte de las cosas de las que sé que no sé gran cosa. Está a mis espaldas y, sin embargo, en el suelo en que crecí, que me ha pertenecido, cualquiera que sea mi tenacidad para afirmar que ya no me pertenece más (...). Pero la infancia no es nostalgia ni terror ni paraíso perdido ni Toisón de Oro, sino quizás horizonte, punto de partida, coordenadas a partir de las cuales los ejes de mi vida podrán encontrar su sentido. (...) No tengo otra opción que evocar lo que demasiado tiempo llamé lo irrevocable; lo que fue, lo que se detuvo, lo que fue clausurado: eso que sin duda fue para *no ser más hoy, pero que fue también para que yo sea todavía*». Entre el *no ser más hoy* y *también ser todavía* se cifra el juego entre recuerdo y olvido. O, como dice Virginia Cosin en este Fedro hecho poema: «Es que/ ¿dónde buscar la razón de lo que se anuda/ y se desanuda/ si no es en los restos perdidos/ de la infancia?».

Entre la repetición y, como sugiere Allouch, la posibilidad de pasar a otra cosa que «solo podría advenir si uno pasa, una vez más por la cosa del otro», están esos restos perdidos de la infancia. La novela familiar se va tejiendo con los hilos de una experiencia que

es inédita para cada quien. El modo en que la infancia, siempre singular, vuelve una y otra vez al que ahora somos, precipita una historia que suele contarse siempre de la misma manera: como los cuentos que los niños quieren escuchar sin que haya ninguna diferencia entre una noche y otra. La insistencia de la infancia golpea, aprieta, asfixia, molesta, incomoda; aunque, paradójicamente, esa incomodidad resulta familiar y en esa familiaridad se acomoda el cuerpo. Se tratará, para cada quien, de la manera en que esas piezas pueden, o no, desacomodarse para sacudir una escena que se erige siempre idéntica a sí misma. No estoy hablando de una infancia infeliz. También las infancias felices vuelven, vienen a buscarnos.

FAMILIA

Para Catalina

I. Hace poco me escuché diciendo que conviene que un analista haya hecho caer la institución familiar. Estaba hablando de lo que Lacan dice de la posición del analista: que es comparable a la de Dupin, el detective de *La carta robada*, en la medida en que si halla la carta que la policía no encontraba, lo hace porque está por fuera de la institución policial. Y agregué lo que de eso dice Ricardo Piglia: que el detective del policial —tanto Dupin, como Sherlock Holmes, como Marlowe, por mencionar solo algunos—, son detectives por fuera de la Institución policial, pero además, por fuera de cualquier institución social, incluido el matrimonio; es su condición de *outsiders* la que justamente les posibilita interpretar los crímenes leyendo pistas, huellas e indicios que han sido desestimados por la opinión establecida, por la ideología. «El detective no puede incluirse en ninguna institución social, ni siquiera en la más microscópica, en la célula básica de la familia, porque ahí donde quede incluido no podrá decir lo que tiene que decir, no podrá ver, no tendrá la distancia suficiente para percibir las tensiones sociales». En definitiva: la Institución adormece a sus integrantes, quienes descansan confortados en el sentido común. Y no se trata de que un analista no tenga familia, o matrimonio. De lo que se trata es de que la institución no se cuele en su función, de que su lugar, ahí en el dispositivo analítico, no esté atravesada ni condicionada por ninguna institución, incluida

y sobre todo, la institución psicoanalítica —que es una gran familia, cuando no una *famiglia*—. Pero también creo que la relación que la persona del analista tenga con la institución —cualquiera de ellas, pero ahora hablo de la familiar— condiciona su lugar. Por eso creo que hay psicoanalistas y psicoanálisis conservadores. Y para mí un análisis, si es conservador, no es un análisis. Y por conservador me refiero a guiar a los analizantes por el camino que ellos, los analistas, suponen el mejor. Un análisis es conservador, no solo cuando quiere mantener a la familia unida, por considerarlo un valor *per se*, sino cuando el analista quiere algo en particular, espera algo del analizante como si fuera, por ejemplo, un hijo, un padre, una hermana. Es decir, cuando se hace del ejercicio del análisis, un ejercicio de poder. Y que no espere nada en particular no es que se desentienda, no es que no quiera, sino todo lo contrario: habilita un espacio y deja lugar a lo que ahí pueda irrumpir como inesperado. En las familias, en cambio, no hay lugar para lo inesperado. Cada uno cumple con su función esperable, siempre. Lo quiera o no lo quiera, siempre es puesto en el mismo lugar y siempre pone a los otros en el mismo lugar.

II. Se trata entonces, para el analista, de no sostener ningún Ideal. Me gusta cuando Lacan dice: «los psicoanalistas cuando hay una multitud, una caterva» —¿una familia?— «quieren que se sepa que están ahí por el *bien de todos*». Y también dice que «están asimismo muy atentos a no tener esa debilidad de dirigirse demasiado rápido al bien de la singularidad, al bien de ese con el que tratan, porque saben perfectamente que no es queriendo el bien de la gente como se lo alcanza, y que la mayor parte del tiempo es incluso al revés». El psicoanálisis conservador con el que Lacan discute sostiene ideales. Ideales morales y castos. Ese psicoanálisis tiene como ideal de la cura hacer fuerte al Yo. Y eso se consigue, dice Lacan, logrando «buenos empleados», tanto del lado del analizante como del lado del analista. Hay analistas empleados de las instituciones psicoanalíticas esparciendo la palabra del amo en los análisis. Hacen del psicoanálisis, como dice Allouch, una pastoral.

III. Escribo este texto y advierto que hace justo un año escribí el primer *Newsletter*. Era sobre la amistad. Pero tiene muchas consideraciones sobre la familia, porque no me gustan las amistades que se parecen a una familia. Y ahí cuestionaba la institución familiar pero, pienso ahora, también era un modo de cuestionar la amistad como institución. No me gustan la institucionalización de las relaciones, la familiarización de los lazos, la burocratización de los vínculos. Prefiero ensayar formas nuevas, insabidas, en las que haya espacio para las ganas y también para la falta de ganas. Que no se familiaricen las relaciones para que no haya reclamos familiares: esos que nos dejan siempre en el mismo lugar, en la misma escena familiarmente fantasmática, fantasmáticamente familiar. Se dice de algunas amistades que son como una familia. Siempre me pregunto por qué el modelo del amor en las amistades pretende replicar al de la familia. ¿Cómo es que la familia sigue siendo *el* modelo?

IV. Familia normal: oxímoron; familia disfuncional: redundancia. El problema de adjetivar a la familia. Quizás los adjetivos solo pretendan apaciguar un poco la ferocidad de la familia, quizás adjetivar a la familia solo sea poner a jugar un eufemismo.

V. Me gusta la literatura cuando no es ni conservadora ni condescendiente. Seda Metamorfa, la protagonista de la novela de Ana Ojeda (*Muchas Nueces*), trabaja cargando facturas en una empresa. Pero ese trabajo no se termina al salir de la oficina, sino que ocupa casi toda su vida. Porque Seda trabaja incansablemente para cargar con las facturas familiares que suelen pasarle. «Acostumbrada desde óvulo fecundado a ganar puntos por obedecer», Seda pretende —y no abandona esa batalla perdida— que todo su cuerpo entre en la norma, que su pie calce en la horma de lo esperable. Seda se ve conminada a responder a lo que la familia, presidida por *el pater familiae*, pide, exige, obliga. Una contingencia va a poner a Seda en el camino de la metamorfosis, de la transformación; en un instante Seda Metamorfa ya no va a estar más a disposición de los deseos

y necesidades del colectivo familiar. La transformación de Seda Metamorfa es, sin dudas, una transformación del lenguaje, en el lenguaje. Ana Ojeda cuestiona, desde siempre, a través de la literatura, la ideología familiarista. En *Seda Metamorfa* la pandemia del Covid recién empieza. No hay vacuna aún. La crítica a la ideología familiarista cobra distintas formas. Dice la narradora: «la invitan con el primer mate para que se serene. Desensilla Blixa, se pregunta si debería continuar con el tapabocas puesto pero concluye que no pues parientas, con lo cual termina colgándolo del respaldo de la silla». Las personas se mueren porque, como son de la familia, no se cuidan entre ellas. En la novela el humor, como procedimiento crítico, nos hace descostillar de risa. En la realidad, la ideología familiarista hizo estragos también en pandemia.

VI. Separarse de la familia —que no es pelearse, ni no hablarse más— no es nada sencillo. Muchas veces solo se puede hacer de un solo lado, es decir: forzando esa separación aunque del otro lado vengan los reclamos. Entiendo que a muchos les es más sencillo hacerlo alejándose geográficamente, porque hay casos en los que la cercanía impide demasiado. Pero quizás sea de este otro modo: la familia nunca habilita esa separación, es más bien la separación la que habilita que a uno la familia ya no le pese, ya no lo agobie. No es que cesen los reclamos, sino que uno deja de escucharlos; uno deja de constituirse en ese mismo lugar de siempre, uno empieza a ser otro. Y, a su vez, deja de convocar a la familia en el mismo lugar de siempre. Salir del clóset acaso sea eso mismo. Se es otro fuera de la familia y ya no importa. No recuerdo cuándo me empezó a pasar. Sé que fue hace muchísimo. Quizás ese primer gesto de mis padres, el de ponerme en el lugar de la «niña problema» y mandarme al analista, haya sido un gesto inaugural que habilitó la separación. O quizás haber actuado de «niña problema» me haya salvado; no se puede saber —a veces los niños, o los adolescentes, hacen cosas para salirse del lugar aplastante en el que los pone la familia. Y a veces lo hacen con síntomas, con angustias, siendo

«niños problemas»—. Porque si de algo estoy segura, es de que fue el análisis el que me permitió hacer una vida más allá del destino familiar. Fue el análisis el que me hizo desviarme del lugar familiar en el que se me esperaba.

VII. Cuando se habilitan conversaciones por fuera de la institución familiar, incluso con los miembros de la familia, sucede lo inesperado, lo sorprendente, lo que nunca hubiera podido pensarse de otro modo, lo que ya nunca podrá volver a pensarse como antes. Un flash que suscita una lectura con consecuencias, un hallazgo, un encuentro. Así fue la conversación que mantuvimos con mi sobrina Catalina hace unos meses. Una pregunta circunstancial habilitó un espacio inédito entre nosotras, por fuera de lo *mismodesiempre*. La pregunta fue más o menos así: ¿puede un síntoma seguir reproduciéndose a través de la familia? ¿Puede algo no resuelto seguir perpetuándose en síntomas similares? Y entonces emprendimos, llenas de asombro y de risas y de sorpresa, la serie de síntomas similares de los distintos miembros de la familia —incluidas nosotras—. Una porción del cuerpo —la pulsión mordiendo la carne— tomada por lo familiar, se repite, de una u otra forma, a través de casi todos nosotros. No sé qué vamos a hacer con eso que descubrimos. Y ya no importa. Esa conversación fue en sí misma una cuña en el macizo y pesado edificio de la institución familiar. Ni ella ni yo fuimos, ahí, las mismas de siempre. Y eso ya tuvo efectos.

VIII. Si la institución familiar no fuera tan pesada —aun en las distintas formas que fue cobrando—, si la ideología familiarista no siguiera imperando —aún hoy que todo tiende a ser cuestionado—, no habría tanta escritura a su alrededor. Artes visuales, literatura, ensayos y otras manifestaciones intentando, todavía, agujerear esa roca viva.

Fabián Casas escribió el célebre verso: «Parece una ley: todo lo que se pudre forma una familia».

Y también escribió este poema:

Aviso

La familia es una patología
que te acompaña toda la vida
Pongámosla en la heladera
para que no se pudra.

Y Rachel Cusk escribió: «Porque familia y tragedia son lo mismo en cierto modo». Y lo escribió en *Despojos*, donde narra, también, su dificultad para hacer caer la ideología familiarista.

Y Juan José Saer escribió: «Esa apariencia de compañía que es una familia».

Y Gustavo Ferreyra escribió la novela *La familia*. 570 páginas de narración pura y dura, de crítica despiadada —para la institución familiar no hay otra—, de ironía y de ensayo para derrumbar ese bodoque enorme que es la familia. Ahí dice, entre tantas otras cosas geniales, lo siguiente: «La animalidad de la vida humana tiene en la familia su representante más acabado. La familia es siempre una formidable atadura al pasado, a lo atávico, a nuestros millones de años simiescos».

Sobre la novela, Martín Kohan escribió: «Si la familia es, en efecto, tal como suele decirse, el núcleo de la sociedad, lo es en Ferreyra (como lo es en Kafka) tan solo para evidenciar cuánto hay en la sociedad de atroz y de inhumano, de siniestro y de pesadilla. No la pesadilla de la que no podemos despertar, como escribió Joyce de la historia, sino la pesadilla de un despertar, la pesadilla de una madre que a mitad de la noche nos despierta, y nos despierta para darnos ese beso que en realidad ya no esperábamos y que tampoco, por eso mismo, ya queríamos».

IX. En un análisis acaso se trate de desfamiliarizar, no de no tener familia. Se trata de que el ejercicio analítico disipe un poco el cielo feroz, sombrío y opaco de las tormentas familiares. El análisis no es el lugar exclusivo en el que eso puede pasar. Allouch cuenta varios ejemplos de lo que podría ser el hallazgo de esa otra cosa, de

lo *desfamiliar*, de soportar la incomodidad de desear no curar, no aconsejar lo que se cree lo mejor para el otro. Son ejemplos conmovedores. Son intercambios entre hijos y padres pero por fuera de la familiaridad, de lo familiar, por fuera del Padre, del Hijo; por fuera del aleccionamiento y del ejercicio de un poder disfrazado de querer el bien del otro. Solo basta con no sostener, ni sostenerse, en un ideal familiar; solo basta con faltar a la cita.

ÍNDICE

3	SOBRE ESTAS NOTAS
5	MATRIMONIO
9	MATERNIDAD
17	PATERNIDAD
23	INFANCIA
30	FAMILIA



•

ALEXANDRA KOHAN

es psicoanalista y docente de posgrado de la Universidad de Buenos Aires. Es Magíster en Estudios Literarios por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Integra junto a José Luis Juresa el grupo de lectura Psicoanálisis: Zona Franca. Colabora habitualmente en *EldiarioAr*, *Revista Polvo* y otros medios. Es autora de *Psicoanálisis: por una erótica contra natura* (2019), *Y sin embargo, el amor. Elogio de lo incierto* (2020) y *Un cuerpo al fin* (2022).

[FOTOGRAFÍA: ALEJANDRA LÓPEZ]

COLECCIÓN **ALMANAQUE**

dirigida por Analía Gerbaudo

Como los viejos almanaques en los que caían juntos el santoral, dibujos o fotos y el calendario lunar, en esta colección se reúnen textos diversos hilvanados por la presunción de la necesidad de su difusión en este corte del presente.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral. Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral (www.huertatipografica.com).

Kohan, Alexandra

Asociación libre / Alexandra Kohan. - 1a ed - Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, 2024.

Libro digital, PDF/A - (Vera cartonera / Analía Gerbaudo ; Almanaque)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-395-8

1. Psicoanálisis. 2. Notas de Opinión. 3. Relatos. I. Título.

CDD 150.195

© Alexandra Kohan, 2024.

© de la editorial: Vera cartonera, 2024.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento–NoComercial–
CompartirIguual 4.0 Internacional